

# **El asesino no las quiere rubias**

*(Una novela “blanca” de Detectives Privados)*

Carlos M. Federici

## **2. AL ACECHO**

**L**A CUADRA presentaba un aspecto bastante desolado. A causa de las restricciones energéticas que el gobierno se viera obligado a imponer — por cuanto se sufrían los efectos de una sequía persistente, sin miras de ninguna variante favorable a los intereses de la Central Hidroeléctrica—, la habitual batalla contra las tinieblas nocturnas se libraba con harta desventaja. La luna no estaba aún lo suficientemente alta como para que su faz asomara por entre las dentadas cimas negras de los bloques habitacionales. Una que otra ventana iluminada rompía aquel patrón de sombra sobre sombra; entre las arracimadas nubes eran muy contadas las estrellas que lograban filtrar sus pestaños, y abajo, en la calle, apenas tres focos mortecinos alardeaban de su magro wataje desde los ápices de las columnas.

La única nota cordial la ponía un rectángulo de cálido tono anaranjado, a la altura de un sexto piso del edificio pretenciosamente rotulado “Bel Air”. Podía distinguirse una silueta sobre esa especie de accidental telón; esa silueta se movía de vez en cuando, cual si protagonizara un inconsciente espectáculo de sombras chinescas. Pero tal espectáculo sólo habría podido apreciarlo un observador convenientemente situado en la ventana de algún departamento ubicado en los pisos altos del edificio frontero.

Desde el nivel de la acera, únicamente aquel resplandor naranja que se traslucía a través de las cortinas insinuaba alguna actividad humana dentro del departamento en cuestión. La sigilosa figura que atisbaba desde la acera opuesta, con el cuello estirado en esa dirección, se debatía en una enconada lucha interior entre su curiosidad y su cautela. No se atrevió, por el momento, a atravesar la calzada, recatándose, en cambio, bajo un portal en penumbras.

—¡Ese tal Dorteros puede llegar a ser *peligroso!* —masculló el emboscado—. Tengo que enterarme de cuánto sabe ya... ¡No es cosa de arriesgarme con él!

—¡A QUE USABA bigote! Y no hace mucho que se lo afeitó, ¿cierto?  
—Acertaste..., *¡psicóloga!* —rió Juan Carlos.

—Lo pronunciaste como si hubieses dicho “bruja” —observó Virginia.

—¿Qué? —El joven parpadeó tras las gafas.

—Lo de “psicóloga”. ¡Se diría que alentás cierto prejuicio contra mi gremio!

El levantó una mano, de buen humor. Era un poquito desmañado, advirtió la chica, divertida: en un tris estuvo de volcar uno de los pocillos...

—¡Haya paz! —pidió el detective—. Me intrigó la forma en que adivinaste..., es todo.

—Sume el labio superior a cada rato. —Ella elevó un índice arrogante, al tiempo que reproducía el gesto mencionado—. Así, ¿te hacés una idea? ¡Típico de los que suprimen el bigote al que estaban acostumbrados!

—¡Bravo! ¡Un aplauso! —Juan Carlos chocó las manos una sola vez—. Uno, nada más, hasta que me digas cuál creés que fue la causa de que se lo haya afeitado, teniendo en cuenta lo que lo favorecía ese bigote.

—Canas. ¡Coquetería masculina, lisa y llana!

—Te pasás de observadora... Decime: ¿para qué cuernos querés un detective?

Fue como si una mariposa nocturna agitara las alas junto a la vela. El recuerdo de Lucy gravitó sobre ambos, ensombreciendo el clima festivo que había comenzado a generar su naciente afinidad sentimental.

—Por favor, no hagas bromas con eso.

Ahora fue él quien superpuso su mano a la de ella.

—Sé cuánto te duele lo de Lucy...

—No es sólo por la pena; es que...

—...¡pero no podés seguir culpándote de su muerte!

Después de decirlo, quiso morderse la lengua. El autocastigo habría sido inútil, sin embargo, porque la frase, transpuesta la frontera de los labios, ya no le pertenecía. Se quedó callado, y su silencio se soldó al de Virginia, dos afluentes gemelos que convergieron en la misma poza helada.

—Pero es que *tuve* la culpa —musitó al fin la joven.

—No... —le reprochó él con suavidad—. ¡Cómo podés pensarlo!

—Acudió a mí en demanda de ayuda —la voz de la psicóloga era tan baja como una especie de plegaria—, y te juro que quise ayudarla... *¡Y sólo conseguí hacerla matar!*

**E**L DORTEROS bidimensional que sonreía dentro de los límites del portarretratos ubicado en un ángulo del escritorio, estaba acompañado de una agraciada mujer y de un pequeño Juan Carlos, cuya infantil lozanía congelara el objetivo década y media atrás. Lucía, para la ocasión, elegante bigote renegrido. El de carne y hueso, solitariamente inclinado sobre el mismo mueble, se pasaba en esos momentos la yema del índice a una fracción de milímetro delante de su labio superior. Sólo así admitió su inconsciente que el bigote ya no existía. ¡Los condicionamientos no se pueden rasurar!

—Parece como si nada de esto tuviese mucho sentido —soliloquió entre dientes—. Y sin embargo tiene que existir una concatenación lógica: las piezas deben encajar. Si pudiera encontrar la clave...

Tenía ante sí otra foto. Esta era de grupo, y el ex comisario esbozó una semisonrisa al ver confirmado su juicio. Golpeó ligeramente con un dedo el brillante papel.

—Las fotos hablan... ¡Bien lo dijo Akeret! (\*) —murmuró, satisfecho—. Uno cree estar exponiendo nada más que los rasgos fisonómicos a la cámara, pero los forros íntimos del pensamiento se traslucen... ¡Sólo hace falta saber mirar! Casi me animaría a dibujar los haces circulares que se centran en Esmeralda Capurro... ¡Preciosa de verdad, la chiquilina! A esos no les falta más que babearse.

El personal del Sector Archivo en pleno posaba alrededor de una improvisada mesa de festejos. Lucy García también aparecía en la foto; pero con su peinado sencillote y sus ojos pardos de cortas pestañas, quedaba reducida prácticamente a cero junto al esplendor de la otra.

Dorteros tableteó con la uña sobre la imagen de un individuo de magra complexión, que afectaba un júbilo incongruente con su mirar desconsolado. Todo su ser se proyectaba hacia Esmeralda..., era evidente para cualquier observador medianamente agudo; pero no se había atrevido a colocarse junto a ella para el retrato. A pesar del forzado estiramiento de la boca, notó el antiguo policía, los extremos internos de las cejas ascendían, amargos, dibujando un profundo surco en la frente del sujeto.

*Jorge Raskowsky*. Subjefe. Cuarenta y cuatro años, con veleidades literarias, según se decía por ahí. Introspectivo, de hábitos solitarios, de acuerdo a Juan Carlos (que había tenido ocasión de tratar a esa gente en persona, privilegio vedado por el momento a su padre); impresionaba como poco sociable y de tendencias depresivas.

—¡El más firme candidato a haber escrito esos trozos de antología! —comentó para sí el ex comisario—. Claro que no es terminante: en rigor, cualquiera pudo tener acceso a esa máquina de escribir, aprovechando algún momento a solas en la oficina...

Gracias a la influencia de Dorteros en la División Homicidios, las fotocopias de los enigmáticos textos mecanografiados habían llegado a constituirse, junto al material gráfico, en otros tantos elementos aportados a la investigación privada emprendida por Juan Carlos a ruego de Virginia Linares. Parecía casi indudable la autoría de Raskowsky... Apenas una explosión de fantasía especulativa, que dramatizaba, tecleos mediante, los íntimos anhelos frustrados por una congénita mediocridad espiritual.

(\*) Psicólogo norteamericano que se especializó en el estudio de las fotografías y su potencial revelador.

No obstante, debió reconocer Dorteros, había entre ellos un escrito particularmente comprometedor. Eso de hablar de “*sangrientos crímenes de una serie macabra*”... Pero, desde luego, no podía descartarse la posibilidad de que una anónima mano aviesa lo hubiera añadido al resto, con el único objeto de implicar a Raskowsky.

—No será tan difícil determinarlo... Aun la escritura mecánica posee sus rasgos distintivos. La firmeza en la pulsación..., los errores de digitación, según cierta modalidad específica de cada uno..., los pequeños detalles, como omitir o no el espacio después de la coma, etcétera. ¡Si en verdad hubo más de un dactilógrafo, eventualmente se descubrirá!

Los dedos del investigador retirado ejecutaron un redoble sordo sobre la fotografía.

—Sigamos con la gente, por el momento —murmuró.

A un costado del grupo posaba un cincuentón largo, de rubicundo semblante y ropas ordinarias. Codo a codo con el supremo jerarca de la oficina —un hombretón jovial, con anteojos de cristales oscuros, a quien Dorteros conocía un poco, por ser figura Prom.nente de su mismo partido político—, el individuo se pavoneaba ante la lente, ufano por flanquear al distinguido doctor Quintana Soria.

*Hilario Puentes*. Sereno, con seis años en la Administración Pública. Justamente, él había sido quien encontró el cadáver de Lucy García.

Con movimientos precisos, Dorteros hurgó entre los papeles. Ya había dado una leída rápida a la declaración del funcionario, pero ahora le parecía que era el momento de compenetrarse a fondo con los detalles. ¡La dichosa clave del enigma tenía que estar en algún sitio! Sólo era cuestión, se dijo, de aplicar los dos recursos clásicos: paciencia y método.

**L**AS PATAS del gatazo negro no producían, al caminar, más rumor que el de una pluma rozando un cristal. Su cuerpo, elástico y sinuoso, se confundía con las sombras reinantes, en tanto sorteaba los accidentes del pavimento y eludía los espacios iluminados.

Sabía adónde iba, y era un experto en evitar encuentros riesgosos. La noche urbana era su hábitat natural.

De súbito, el animal se congeló. Un par de diminutos círculos inquisitivos horadó la oscuridad, mientras un carámbano de alarma le recorría la espina dorsal. El pelo del lomo se le empinó, y sus rígidos bigotes oscilaron como antenas en alerta.

¡Amenaza! Una siniestra presencia..., tan sigilosa como él mismo, se aproximaba. Dilatáronse las ventanillas de su nariz, al captar el tufo inconfundible de la *maldad*.

En dos ágiles saltos, puso distancia entre él y el asesino.

Ahora quedaban otras dos ascuas ardientes en la noche..., bastante por encima del nivel en donde relucieran los ojos del gato. Eran como duros y minúsculos espejos, sobre los cuales se reflejaba, en repetida versión minimizada, la ventana luminosa del sexto piso del edificio “Bel Air”.

**J**UAN Carlos descansó la barbilla en la punta de los índices que se proyectaban de sus manos enlazadas. Con ambos codos apoyados sobre la mesa, observó a la muchacha.

Buen trabajo le había costado distraerla de su obsesivo sentimiento de culpa... Ya hacía un rato, sin embargo, que se había cambiado el tema de la conversación, y en apariencia Virginia Linares había superado el trance.

¿Pero hasta qué punto era sincera con él?, se preguntó. Al fin y al cabo, no hacía mucho que se trataban, y sólo sabía de ella lo que ella había decidido confiarle... ¿Era lógico que se sintiese casi obsesivamente obligada hacia Lucy García? ¿Qué pudo ser para ella la chica asesinada, aparte de una paciente más?...

—¡Eh! ¡Todavía estoy aquí, detective!

—¿Mmm? —El se sobresaltó; de inmediato forzó una sonrisita—. ¡Huy, disculpame! Andaba un poco ido, según parece...

—¿Pensabas en tu papá? ¡Igual que yo!

—¿Tú te estabas acordando de él?

—No sé..., pensaba si por ésas había podido descubrir algo...

—¿De la muerte de tu paciente? Bueno, no es porque sea mi viejo, pero se le considera un verdadero...

—Sí, sí; ya sé que ha tenido muchos éxitos, y todo, pero...

—¡Vamos! ¿No te parece que hay que darle un poquito de tiempo?

Sonaron unas risas, a su izquierda. El grupo que ocupaba una de las mesas vecinas estaba de celebración, al parecer. Siguieron conversando en voz más baja, con las cabezas un poco más cerca una de otra.

—No hace mucho que empezó a colaborar conmigo —arguyó el hijo—; estoy seguro de que no va a tardar en darnos una sorpresa. ¡Lo conozco bien!

—¡Es que todo esto es tan confuso! A veces pienso...

—No te preocupes tanto. ¡Vas a ver cómo lo consigues!

Ella no pudo reprimir una sonrisa, pese a su inquietud.

—¡Si se lo pide su hijo y heredero...!

—Y además porque le *gusta* de alma. ¿O vos creés que está conforme con ser un “ex”?

—Sí, es relativamente joven... ¿Qué le dio por retirarse?

—¡La eterna historia! —repuso Juan Carlos—. ¿No te dije que es un romántico de alma? ¡Si no se hacen las cosas como él cree que se deben hacer, opinen lo que opinen los de arriba, él les da el portazo! Nunca aprendió a ser realista, qué querés...

Sorpresivamente, la chica estiró una mano y se apoderó de la mandíbula de él. Los ojos masculinos se dilataron, obligados a enfrentar la mirada de Virginia.

—Tú lo *admirás* por ser tan íntegro como es. ¡Confesalo!

—¡Mhmm! —la presión de los dedos de ella le impedía modular con propiedad.

Después que la joven lo dejó en libertad, él sacudió la cabeza, resopló, se quitó los lentes y refunfuñó:

—¡Psicóloga!...

*Es posible que me esté ocultando algo*, pensó, no sin cierto matiz de alarma. *¡Pero, por mi parte, no sabría cómo evitar que me lea al trasluz el pensamiento! ¡Cuidado, Juanca!*

—Aparte de toda consideración de índole personal —añadió—, me atrevo a asegurarte que es el tipo indicado. ¡Si alguien puede llegar al fondo de este asunto, ése es Dorteros padre!

Una vez más se posaron los dedos femeninos en la cara del joven; pero ahora eran turbadoramente cálidos y suaves.

—No espero menos de Dorteros hijo —susurró Virginia.

**L** OS PERFILES se atrajeron. Una de las luces del local, al fondo, brillaba como estrella desenfocada en el reducido espacio que separaba la firme nariz recta de la respingona.

—Juan Carlos...

—¿Mmm...?

—¡Contame algo más de aquellos crímenes de Punta Azul!

El reprimió un suspiro, echándose hacia atrás. ¿Cuándo iba a empezar a entender a las mujeres?

—Como te dije —comenzó—, fue un caso bien complejo aquél... Se creó una enorme intriga en torno de ese misterio, sobre todo porque algunos supusieron que el segundo de los asesinados no era realmente la víctima sentenciada.

Virginia Linares alzó las cejas.

—¿Cómo? ¿Que no era... la víctima?

—El cadáver apareció vestido con ropa ajena. Precisamente, la de un individuo que andaba por Punta Azul de chaleco y corbata... Como si estuviera en pleno centro de la capital, ¿te das cuenta?

—¿De chaleco y corbata en Punta Azul? ¡Sería un semáforo ambulante!

—Lo mismo que si llevase nombre y apellido en una pancarta. De manera que cuando encontraron a ese otro infeliz, con un tiro en la espalda, y usando el traje de medida de...

Se interrumpió, estupefacto. Virginia Linares había sepultado la cara entre las manos y sollozaba. Sollozaba muy fuerte, al punto que algunos de los circunstantes se volvieron a mirarlos. Ante la perplejidad de él, una exclamación de angustia hendió los rosados labios:

—*¡Oh, Dios mío! ¿Qué hice?*

El joven criminalista se quedó paralizado. No se le ocurría la menor idea en referencia a su inmediato movimiento, su próxima frase. Aquella extraña actitud de la mujer...

Sin aviso, una sombra se proyectó en medio de la pareja, dibujando sinuosidades grises sobre pocillos y platos.

—Yo diría que es un poco... tarde para lamentarse, ¿no?

**L**A LUZ estalló contra los cristales de las gafas de Juan Carlos, al levantar éste vivamente el rostro para mirar al intruso. No se fijó en Virginia en tanto lo hacía, pero sus oídos registraron una gruesa interjección. Le costó admitir que brotara de esa educada boca femenina..., pero no pudo detenerse a considerarlo. El recién llegado se había echado a reír con estrépito.

No tenía una risa agradable, por cierto, pensó Juan Carlos; y sus facciones, interpuestas entre los ojos del detective y una lámpara del techo, se estiraban en rasgos marcadamente aquilinos, nada simpáticos tampoco. El cabello, negro como el carbón, y brillante de fijador, no se detenía junto a las orejas, sino que chorreaba mejillas abajo para condensarse en una barba muy profusa, aunque bien recortada.

—¡No quise interrumpir! —La voz rezumaba ácido sarcasmo—. ¿Por ventura será usted uno de sus... clientes? ¡Porque jamás soñaría siquiera en interferir con una de las célebres terapias conductistas de Virginia Linares!

Y entonces sí que el pasmo se adueñó por completo de Juan Carlos Dorteros, novel detective. Donde hacía pocos instantes hubo una grácil muchachita, un poco enigmática a veces, arrogante o latosa otras, pero invariablemente encantadora, apareció de súbito una especie de Hécate de ojos relampagueantes, narices dilatadas y labios retorcidos hasta descubrir los dientes.

—¡¡Andate de acá, desgraciado!! —rugió Virginia—. ¡¡Fueraaaa!!

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

### ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

**policiacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

**Panorama de su obra en:**

<http://urumelb.tripod.com/autores/fedirici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

[cmfederici@hotmail.com](mailto:cmfederici@hotmail.com)

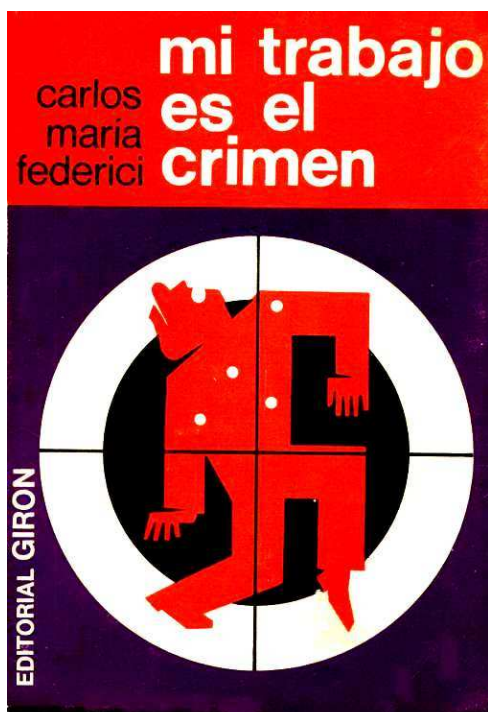


## Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



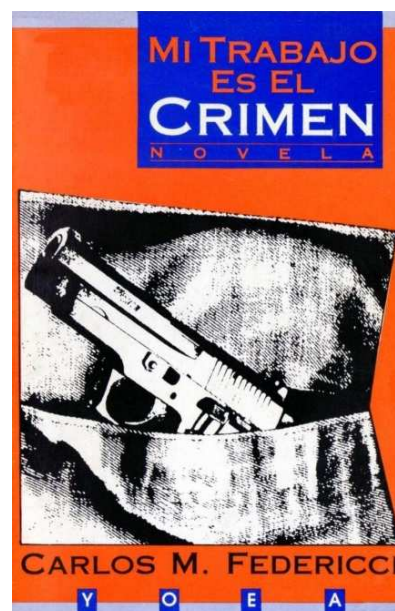
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

**La orilla roja, 1972**

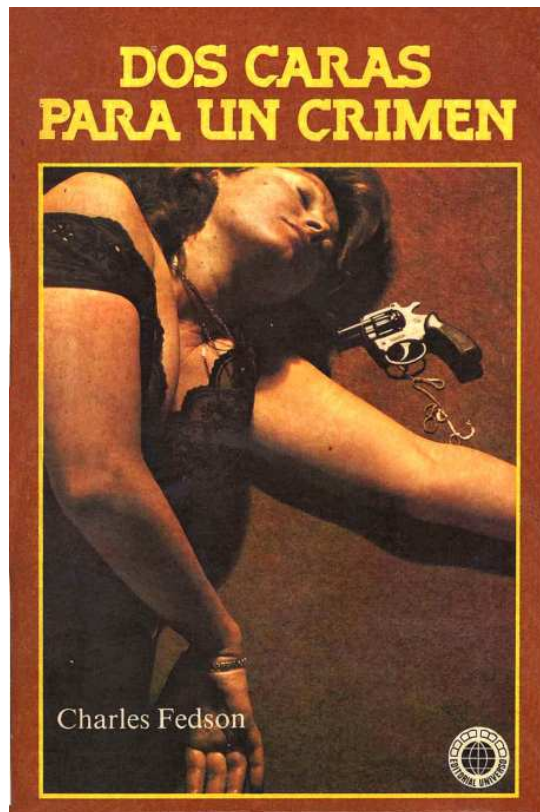


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

**Mi trabajo es el crimen, 1974**



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:  
*La ovilla roja* (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.  
*Mi trabajo es el crimen* (Montevideo 1974)  
*Los caras para un crimen* (México 1982)  
**GODDEUS, los Ejecutivos de Dios,** excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.  
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA  
 YOE LA

**G O D D E U \$**  
*(Los Ejecutivos de Dios)*  
 Carlos A. Federici

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989